

253. Dar un principio noble, un objeto digno y una direccion prudente á estos vehementes impulsos de la voluntad humana, tal es el precepto y la voz misma de la naturaleza. Esto no exige demostracion. ¿Pero cómo conseguir estas cosas? ¿Cómo neutralizar el influjo pernicioso que los principios, los medios y los fines pueden tener en los deseos de nuestro corazon? He aqui lo que debe ocuparnos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO II.

DE LOS MEDIOS PARA NEUTRALIZAR EL INFLUJO NOCIVO DE LAS PASIONES.

254. Los medios de neutralizar el influjo nocivo de las pasiones casi vienen á confundirse en la práctica con los que directamente sirven á la formacion de las virtudes, cuyo cuadro nos muestra integramente la perfeccion del hombre moral y la influencia que estas pasiones mismas, ó estos deseos fuertes é irresistibles del alma, pueden ejercer en el sistema de la felicidad. Para no incurrir pues en una division embarazosa, que traeria la confusion en las ideas por un exceso de análisis, reduciremos este capítulo á discurrir sobre un punto mui cardinal, que debe servir de fundamento indispensable á la teoría de nuestra perfeccion, para que rigurosamente hablando merezca el nombre de íntegra, obvia y practicable. Supuestos los dos órdenes que reconoce todo el que no es ateo, es decir, el natural y el sobrenatural, ó lo que es lo mismo, en el sentido católico y moral, el de la naturaleza y el de la gracia, debemos comenzar por resolver esta cuestion: *¿Los recursos de la naturaleza son moralmente necesarios y suficientes para neu-*

tralizar el influjo maligno de las pasiones, y darles un principio noble, un objeto digno y una direccion prudente y acertada? ¿SÍ? pues en este caso nos basta exponer el desarrollo práctico que deben tener nuestras facultades naturales, para estorbar nuestros vicios, corregir nuestros malos hábitos y formar nuestras virtudes. ¿NO? luego no bastando los recursos naturales, ni debiendo faltar medios competentes, debemos reconocer la existencia y los objetos de la gracia, no solo como unos dogmas revelados por Dios y enseñados por la Teología dogmática, sino como unas consecuencias lógicas de nuestros conocimientos acerca de Dios y de nuestras experiencias acerca del hombre. En este caso la lei natural, divina y universal, nos impone, como otros tantos deberes, la práctica de aquellos medios únicos de verdadera y completa perfeccion que resultan de la concordia de la naturaleza y la gracia en el gobierno de nuestra voluntad y en la marcha de nuestra conducta. Entremos pues en materia.

255. El estudio del hombre no puede ser aislado, sin quedar incompleto, hipotético, y en gran parte erróneo. La razon es mui sencilla: el hombre bajo su aspecto físico, se nos manifiesta, no solo en el sistema de su organizacion, sino en su comercio con los seres exteriores que le afectan, que le facilitan el conocimiento de su vida física, modificándola en diferentes sentidos: el hombre bajo el aspecto intelectual considerado, no puede dar un paso sin relaciones; los primeros desarrollos de su actividad interior suponen un objeto diverso de él mismo, si bien relacionado con él, en que su atencion se fije y fecunde, su juicio se illustre, su discurso progrese y su razon se forme; en el órden moral depende de su causa eficiente y final, está ligado con deberes, sometido á preceptos, y colocado bajo la influencia de un poder que arregla las condiciones de su vida moral, dispone soberanamente de su existencia y fija definitiva é irrevocablemente su destino. Es pues necesario que el hombre sea

estudiado, no solo en lo que en sí tiene, sino en el triple sistema de sus relaciones físicas, intelectuales y morales.

256. Ligado pues en virtud de estas relaciones á las leyes universales de todo el mundo físico, á la verdad una, universal y generadora que difunde la vida por todo el mundo intelectual, y atrae á sí, como á su centro, la acción vária y constante del entendimiento humano, y á la voluntad omnipotente del Supremo Legislador del mundo moral, nada en él es completo, nada puede ser decisivo y seguro en el aislamiento de uno de estos órdenes. Si estudiamos pues su razon, la vemos dispuesta para la verdad; si estudiamos la verdad en su conocimiento, descubrimos que unas veces es el producto y otras el simple objeto de la razon: que unas veces está bajo su influjo, y otras veces es superior á ella; y que siendo necesaria la verdad en toda su plenitud moral para el hombre, y la razon insuficiente, hai una necesidad imperiosa de que en la investigacion y aprendizaje de aquella caminen siempre juntas y de acuerdo la inteligencia y la fe. Esto es lo que demostrámos en el párrafo 3.º, capítulo 1.º del libro 2.º, cuando establecimos nuestros deberes para con nosotros mismos en el órden puramente intelectual.

257. Las mismas razones que allí dimos, pueden aplicarse á la cuestion presente, y las damos por tanto, como primer argumento de los que apoyan su solucion negativa; porque así se tiene el entendimiento respecto de la verdad en el órden intelectual, como la voluntad respecto de la virtud en el órden moral. Si pues allá demostrámos la necesidad de reunir la inteligencia y la fe, acá debemos reconocer, si somos consecuentes, como una regla invariable en el órden moral, la mútua cooperacion de la naturaleza y la gracia para el nacimiento, progreso y conservacion de las virtudes.

258. No hacer nada sin Dios; hacerlo todo con él: he aquí la teoría cristiana: teoría, por otra parte, eminente-

temente filosófica, si bien se reflexiona. ¿Por qué? porque si algo pudiéramos hacer sin Dios en la línea del bien, fallaría en este *algo* nuestra independencia y su soberanía, y esta falla importaría nada ménos que la destruccion del todo. ¿Por qué mas? porque si algo dejásemos de poder en esta línea, sin embargo de la cooperacion sobrenatural de Dios, fallaría su omnipotencia, lo cual es otro absurdo. *Nada podéis hacer sin mí*, decia Jesucristo (1), y tambien dijo en otra parte: *Si en mi nombre pidieris algo, se os concederá cualquier cosa que pidieris*. (2) A estas palabras concusamente se referia el Apóstol en aquel célebre lugar donde nos enseñó la omnipotencia de la gracia (3).

259. Sabido es por todo el que tiene experiencia, aunque no tenga fe, que ordinariamente se halla el poder especulativo en razon inversa del poder práctico de la razon. Si la parte histórica de este desequilibrio ha disgustado á los que ven un vano comento en el dogma del pecado original, y á los impíos que no quieren reconocer el valor dogmático y moral de la doctrina de San Pablo sobre este punto; bien pueden apelar á los doctores paganos, á sus oráculos mismos y á sus continuas experiencias, para reconocer en seguida el predominio práctico que ejerce el apetito sensitivo sobre el apetito racional. Ahora bien: estos dos apetitos resumen todas las facultades puramente naturales del hombre moral. ¿Cuál es la consecuencia? que en la lucha de ambos, el triunfo del primero es moralmente seguro, y por tanto, que el segundo no puede triunfar por sí solo. Luego los recursos de la naturaleza no son suficientes por sí, para neutralizar el influjo maligno de las pasiones, y darles un principio noble, un objeto digno y una direccion prudente.

(1) JOHANN. C. XV, v. 5.

(2) Id. C. XVI, v. 23.

(3) Eph. C. I, II, III.

260. El esfuerzo impotente de todos los moralistas y legisladores antiguos, donde vemos en contraste la accion universal y constante de los recursos humanos, con la corrupcion de las costumbres y la depravacion de las máximas, es un hecho histórico que justifica la solucion negativa que dimos á la cuestion propuesta.

261. Quítese la gracia, y solo quedan por motivos de obrar los sentimientos y el interes, esto es, la sensualidad y el egoismo. Yo bien concibo un hombre capaz de practicar una buena accion por solo el sentimiento del bien; pero me es imposible concebir el derecho que tal sentimiento pudiera tener para ser un recurso competente contra todas las pasiones extraviadas, para todas las virtudes y en todos los hombres. En cuanto al interes, él podrá éngendrar la hipocresía; mas nunca crear y ménos fecundar la virtud. Si, pues, los sentimientos y los intereses reasumen los recursos naturales en la cuestion de los motivos, y son, como se ve, incompetentes, claro es, que la solucion de que se trata debe ser negativa.

262. Cuando se trata de la suficiencia de los recursos naturales contra el influjo nocivo de las pasiones, debe tenerse presente lo que es necesario, no solo para verificar bien este ó aquel acto particular, sino para mantener constantemente la armonía entre los principios, los medios y los fines de la conducta relativamente á la perfeccion, que es lo que constituye el órden moral. ¿Y qué valor daremos para esto á los recursos humanos? La conservacion del hombre en la práctica del bien supone un curso de combates, de victorias, y por tanto de sacrificios: combates que no puede sostener, victorias que no puede alcanzar y sacrificios que no puede hacer la naturaleza humana solo por sí misma, como lo prueban el sentido íntimo de cada uno y la experiencia constante de los siglos.

263. Finalmente, la historia comparada de la sociedad gentil, de la sociedad filosófica y de la sociedad cristiana,

se reasumen en esta sencilla idea: nada pueden para el bien la razon sin la fe, la voluntad sin la gracia; todo lo pueden la razon que cuenta con la fe y una voluntad que cuenta con la gracia.

CAPÍTULO III.

DE LOS MEDIOS PARA NEUTRALIZAR EL INFLUJO NOCIVO DE LAS PASIONES, DE DIRÍGIRLAS BIEN, Y DE ALLANAR CON EL CAMINO DE LAS VIRTUDES LA CARRERA DE LA PERFECCION MORAL Y LA CONSECUION DE LA FELICIDAD.

264. Esta materia exige, para ser filosóficamente tratada, que se expongan y justifiquen estos diversos medios de perfeccion en la accion combinada de la naturaleza y de la gracia. Lo primero es objeto de este capítulo, donde solo trataremos de la buena direccion y reforma de nuestras pasiones: lo segundo haremos en el siguiente, donde nos proponemos comprobar prácticamente esta direccion, con solo mostrar el interes de sus resultados.

265. Para neutralizar el influjo maligno de las pasiones, conviene recordar que ellas en su mala direccion degeneran en vicios, miéntras en una direccion sábia contribuyen á la formacion de las virtudes; que de una misma fuente, digámoslo así, pueden venir los unos ó las otras, es decir, que así los vicios como las virtudes, parten de nuestras facultades morales, segun que de ellas abusamos ó hacemos un uso legítimo. Los sentidos, las potencias pueden ser obstáculos ó medios de perfeccion: todo pende del uso y del abuso. ¿Cómo neutralizar pues el abuso pernicioso de estas cosas? Primero, deseando viva y eficazmente la